

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIEBA;

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1878.

Cuaderno 79.

Alvaro García, sabio escritor español.—Amadeo, pariente del emperador Conrado.—Conrado de Hungría.—Elías, obispo de los Maronitas y todo su clero.—Juan de Sevilla.—Juan, patriarca Jacobita.—Leon, hebreo.—Matilde, madre de Becket.—Miscislao, duque de Bohemia.—Nicolas de Sira.—Norberto, descendiente de los últimos emperadores.—Pacífico.—Pefferconn, célebre judío.—Peregrino Latiozi.—Pedro Armengol.—Pedro de Leon.—Poncio de Lacio.—Alfonso de Santa María.—Samuel de Maroc.—Tomas, rey de Bosnia, y todos sus súbditos.—Timoteo, metropolitano de los caldeos, abjura sus errores en nombre de todos sus súbditos.—Bellachi.—Bocacio, autor del *Decameron*, convertido por el Petrarca.

TRATADO QUINTO.

PERSECUCION PROTESTANTE.

I.

El conciliábulo de Pisa.

El drama de la lucha á que tenemos que asistir ofrece un interes más palpitante, más de actualidad que los que hemos venido presentando en la larga serie de quince siglos, ya que la accion de este drama, si bien se inició en el siglo XVI, continúa desarrollándose todavía.

En los hechos que vamos á consignar la lucha de poderes va íntimamente unida á la lucha de principios; vemos en ella las armas á disposicion de las doctrinas, al lado de la conciencia firme, hallamos el interes mezquino, y á medida que se aumentan las complicaciones el combate reviste las proporciones que le da la pasion más exaltada que, miéntras inspira en unos rasgos magníficos de heroismo, impele á otros á crímenes tan funestos como vergonzosos.

No existe otra persecucion que haya obedecido á móviles más bajos ni dado lugar á más deplorables efectos.

Uno de los jefes de esta persecucion, Melancton, ocupándose un día de los resultados de la funesta obra á que él tuvo la desgracia de contribuir con su actividad y su talento, decía con la frente inclinada hacia el Elba: «Todas las aguas de este río no bastarían para llorar las consecuencias de este gran cisma.»

Viene figurando en esta lucha una palabra: *Reforma*. No es que fuesen los primeros en pronunciarla los autores y los cómplices de ese gran crimen que se titula el Protestantismo; ya mucho ántes la había pronunciado el magisterio católico; pero al salir de boca de los pontífices, de los varones más eminentes en saber ó en virtudes, era obedeciendo á una necesidad y expresando una aspiracion justa y generosa; los protestantes no hicieron más que torcer su legitima significacion, corromper su verdadero sentido.

«Hubo, dice Bossuet, dos clases de espíritus que demandaban la reforma, los unos sólidamente pacíficos y verdaderos hijos de la Iglesia, que deploraban los males sin acritud, proponiendo respetuosamente su remedio, que toleraban con humildad la desidia en realizarla y que, léjos de querer que se realizase por un rompimiento, veían, al contrario, en este rompimiento el colmo de todos los males. En medio de los abusos admiraban la Providencia divina, que sabe, conforme á sus promesas, mantener la fe en la Iglesia; y si no les concedía la reforma de las costumbres, ellos, sin acritud, sin apasionamiento, se creían bastante dichosos con poder realizarla en sí mismos. Estos eran los valientes de la Iglesia; es decir, aquellos á quienes nada es capaz de hacer vacilar en la fe ni de arrancarles de la unidad. Pero hubo otros, espíritus soberbios, llenos de desden y de odio, que impresionados por los desórdenes que veían reinar en la Iglesia y principalmente entre sus ministros, no creían que las promesas de su eterna duracion pudiesen cumplirse entre aquellos abusos; y miéntras que el Hijo de Dios enseña á respetar la *cátedra de Moises* (Matth., xxiii, 2, 3.) á pesar de las obras de algunos *doctores y fariseos que se sientan encima de ella*, volviéndose soberbios y con ello volviéndose débiles,

sucumbían á la tentacion que induce á odiar la cátedra en odio á aquellos que la ocupan, como si la malicia de los hombres pudiese destruir la obra de Dios. La aversion que ellos concibieron por los doctores les llevó á reprobalo todo en conjunto, incluso la doctrina que enseñaban y la autoridad que de Dios habían recibido para enseñar (1).»

Al subir Pío III al pontificado su programa fué: *Reforma*. Inútil es decir que al salir esta palabra de boca de aquel Pontífice, lleno de la mejor voluntad, fué en el buen sentido en que la explica el ilustre Bossuet.

Pío III, ya ántes de ser Papa había manifestado su solicitud en favor de los intereses de la Iglesia, sosteniéndolos enérgicamente en la corte del emperador Federico, en presencia de los grandes de Alemania.

Pero Pío III ántes de aplicar su elevado criterio de reformas, tuvo que resistir á los ataques contra los derechos de la Sede Apostólica.

Al morir su antecesor, el palacio papal había sido saqueado por César Borgia, y hasta su eleccion tuvo que verificarse en la iglesia de la Minerva por haber sido atacado el Vaticano mientras se celebraba el cónclave.

Para que pudieran celebrarse allí los funerales de Alejandro II fué menester que tomaran las armas cuatro mil romanos.

El nuevo Papa sube enfermo al trono, de suerte que ya esta vez no pudo cumplirse la ceremonia tradicional de ir el Pontífice á caballo á tomar posesion de San Juan de Letran.

Ántes de ser elegido, los cardenales, reunidos en número de treinta y seis, acordaron redactar varios decretos que creían indispensables á la reforma de la disciplina y que someterían á la aprobacion del nuevo pontífice.

Al día siguiente de su coronacion el Papa proclama ante el consistorio que empleará cuantos medios estén á su alcance para restablecer la disciplina y devolverle su antiguo esplendor, reformando tambien la corte en los abusos que se hubiesen introducido en ella, sin tener en cuenta ni la clase ni la categoría de las personas (2).

Pero la muerte le sorprendió en aquellos buenos propósitos. Su dolencia se fué agravando rápidamente, y veintiseis días despues de haber ascendido al trono de los pontífices, descendió al sepulcro.

La Sede Apostólica estuvo vacante por espacio de doce días.

Tras de él siguió Julio II, llamado ántes Julio de Rovere.

Pocos hombres han reunido como él todas las cualidades de un gran rey. En aquella cabeza cabían los proyectos más grandiosos; pero al tratar de ejecutarlos no se dejaba arrebatar por un ideal que hubiese podido conducirle á medidas imprudentes, y si parecía asaz atrevido en sus empresas, no es que no calculara ántes todo el alcance de las fuerzas con que podía contar. Tenía la principal condicion de un diplomático eminente, que era la extremada reserva en sus planes; nunca al enamorarse de un proyecto tuvo la impaciencia de revelar su pensamiento hasta la hora oportuna, y no resolvió jamas una cuestion por la fuerza, que no hubiese ensayado ántes resolverla con aquella habilidad que revelaba en él al consumado político. En la hora de la prosperidad como en la del infortunio, aquellos ojos brillaban con la misma expresion, aquella frente revelaba la misma calma. En el momento de la lucha para él no había de haber más cualidad que el valor; despues del triunfo, para él no existía otro deber como la generosidad. Marcado con el sello de los grandes genios, realizaba las empresas más grandiosas y más aventuradas con la misma sangre fría que los hechos más humildes.

Y no era sólo político, era ademas artista; se le veía cómo despues de resolver una ardua cuestion de Estado se ponía á trabajar sobre un pedazo de mármol, y aquel que con su habilidad ó su valor se sobreponía á los hombres del cetro y de la espada, con aquella mano dócil á obedecer á su inspiracion ofuscaba á las primeras eminencias del arte.

(1) Bossuet, *Variaciones*, t. I.

(2) Artaud de Montor, *Hist. de los Pontífices*.

Hombre de acción, Julio II no lo era de palabra; al pronunciar un discurso se le veía interrumpiéndose con frecuencia buscando para dar forma á su idea un vocablo que no le ocurría, acabando al fin por salir del paso, pero corrigiéndose tres ó cuatro veces y sin que la última expresión alcanzase á ser ménos impropia que la primera.

Al subir al trono pontificio pronunció una frase que fué todo un programa; con aquel corazón, eminentemente italiano, al verse con una corona en su cabeza, levantó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Libranos, Señor, de los bárbaros!

Para él los bárbaros eran los extranjeros que tenían supeditada la Italia.

Julio II veía debilitadas dos cosas por las que él se sentía hondamente apasionado, el Pontificado y la Italia: concibe, pues, el plan de engrandecer la Italia ensanchando la acción del pontificado; en su pecho la llama del amor á los derechos del pontificado y de la grandeza de la Italia se confunden en un foco comun; quiere realzar á su país colocándolo bajo la égida de la tiara pontificia. Lo que otros habían realizado en provecho de su interés particular, él trataba de realizarlo en bien de la Iglesia su Madre, y de la Italia su patria.

Luis XII de Francia se había apoderado del ducado de Milan, mientras que Fernando de España disponía del reino de Nápoles.

Julio les acusa de pretender invadir el patrimonio de San Pedro, de esterilizar con la sangre aquel hermoso suelo que fecundiza el sol de la Italia, de cerrar con medidas de barbarie los asilos donde se amparaban las artes y las ciencias, de entorpecer la acción civilizadora de la Iglesia.

Rey y Pontífice á la vez, su ardor patriótico le induce á esperar que aquellos pueblos libertados por el pontificado habrán de recibir del pontificado la influencia de una política civilizadora, y que lo primero que urgía hacer era reunir bajo un sólo cetro aquella península que podía ampararse tras su triple muralla de peñascos, de nieve y de mares, ejerciendo allí su supremacía el romano Pontífice (1).

Pero antes de arrojar á los extranjeros de Italia era menester que Julio II se ocupase de resolver una cuestión pendiente en el seno mismo de la península; era preciso imposibilitar los ataques de un enemigo que Roma tenía á sus puertas.

Venecia, el país clásico de los artistas, cuya capital se levantaba majestuosa en medio de vasta laguna, fortalecida en sus luchas contra los elementos y contra los hombres, había adquirido gran preponderancia. Ya en el siglo X, cuando otros pueblos se elevaban á la altura de un sublime espiritualismo por medio de místicos entusiasmos, ella se consagraba á su trabajo, aprovechando sus excelentes condiciones para desarrollar su vida comercial, primera fuente de aquella esplendidez que se veía retratada en sus palacios enriquecidos con todas las bellezas de la escultura, en sus suntuosos monumentos, que recordaban á la vez la inspiración de Grecia y la grandiosidad de Roma; en sus vistosos edificios, donde el genio y la suntuosidad se sobreponía al rigorismo de todo arte reglamentario; con su palacio de los Dux, donde tras de la admiración producida por su prodigiosa magnificencia, se sentía el terror que causaba la frecuente vista de cabezas expuestas en su balaustrada exterior como testimonio de la despótica justicia que ejecutaban en sus salones sus temidos inquisidores de Estado; con su iglesia de San Márcos, sombreada por la acción de seis siglos, y en que brillaba toda la elegancia helénica y todo el lujo bizantino.

Venecia, desde los días en que los descendientes de los Venétos fueron á buscar un asilo en las pequeñas islas de la desembocadura del Brenta para salvarse de las hordas de Alarico, no pensó en nada más que en su engrandecimiento.

Sus lagos la ponían al abrigo de todo ataque exterior, y reducida por sus condiciones na-

(1) *Io lo faccio per riunire la comune patria sotto un sol padrone e questo debbe essere perpetuamente il Pontefice romano.— (Lettera dall'inedito Giornale di Parì de Grassi.)*

turales al carácter de potencia marítima, sus numerosos buques surcaron todos los mares para aportar á los venecianos una riqueza cada día más floreciente.

Ya en el siglo XI vióse considerada como potencia mercantil y en el siglo XII percibió cuantiosos productos de las armadas que ella equipó para las cruzadas.

No contenta con su poder comercial, aspiró también á la gloria de las armas, y obedeciendo á la inspiración de su fe, en 1202 envió á los muros de Constantinopla cargadas de soldados



EL OBISPO DE SISIEUX RECIBIENDO LA ABJURACION DE LOS HUGONOTES.

aquellas galeras que ántes mandara repletas de víveres y de pertrechos de guerra, cabiéndole no poca gloria en la toma de la gran capital; y más tarde el jefe de aquella modesta república pudo ya tomar el título de duque de la Dalmacia, al que añadió el de duque de parte del romano imperio (1), pasando á su poder Candía, las islas Jónicas, casi todas las del Archipiélago y pudiendo establecer factorías en Acre y Alejandría, que eran para ella abundantes veneros de riqueza.

(1) Hallam, *Europa en la Edad Media*. t. III.

Al inaugurarse el siglo XVI, aquella reina del Adriático, extasiada al contemplar con sus naves de oro, sus magníficas esculturas, convertida su romántica ciudad en riquísimo joyel, después de haberse embriagado en sus báquicos banquetes, dormíase al amparo de su victoriosa bandera arrullada por el armonioso y acompasado choque de las ondas, y soñaba que ella, la émula de la antigua Cartago, no contenta con ser rica y respetada, había de aspirar al universal dominio.

La ambición de Venecia amenazaba ántes que todò por su proximidad y sus condiciones á los Estados pontificios. Aprovechándose de tantas conmociones ya los venecianos se habían apoderado de las provincias de Ferrara, Faenza, Rávena y Rímimi.

Julio II reclamó estos dominios como pertenecientes al patrimonio de San Pedro. Venecia contestó que aquellas posesiones no las había arrancado de manos de los papas, sino de las de César Borgia.

Julio envió á Venecia embajadores con la mision de defender ante el senado los derechos de la Santa Sede; no se les escuchó siquiera. El Papa amenaza con los rayos del Vaticano á los injustos detentores de una gran parte de su patrimonio; tampoco esta vez se contestó de otra manera que con el desden.

Entónces fué cuando se concertó la liga de Cambray, en la que Julio II se puso de acuerdo con Maximiliano, que exigía de Venecia dominios tan importantes como Treviso, Verona y Padua, que habían pertenecido á los emperadores alemanes, y con Luis XII de Francia, que tenía tambien sus reclamaciones que hacer contra la altanera república.

Cuando Venecia empezó á experimentar la superioridad de sus enemigos, prefirió inclinarse ante su poder que hundirse sepultada bajo el peso de sus propias ruinas.

Julio II, después de revindicar los conculcados derechos de la Santa Sede, levantó el entredicho fulminado contra aquella república, á cuyos embajadores recibió sentado en su trono en el umbral de la basilica Vaticana, donde pronunció solemnemente la absolucion de la censura eclesiástica, imponiendo por penitencia el visitar las siete iglesias.

Inmediatamente el Papa declaró que Venecia era tambien Italia, que los venecianos eran sus hijos y que él creía de su deber retirarse de la liga de Cambray.

La Sede Pontificia había recobrado los derechos usurpados por Venecia, pero la Italia no estaba salvada. Ufanos con su victoria, franceses y alemanes tratan de repartirse la península, donde tenían puesto su pié, ya que los unos ocupaban el ducado de Milan y los otros se amparaban tras las murallas de Verona.

En aquellos días de crisis para la independenciam de la Italia fué para ella gran fortuna que hubiese al frente de la Sede Pontificia un hombre de tanta entereza como Julio II.

Luis XII de Francia sostiene al duque de Ferrara en su rebelion contra la Sede Apostólica, un ejército de franceses apoya á aquel vasallo de Julio II que se niega á restituir al romano Pontífice las salinas de Comachío, y el Monarca frances no oculta su propósito de cercenar las legítimas atribuciones de la potestad pontificia.

Chaumont, general de Francia, sale de Milan para dirigirse contra el ejército pontificio y por un movimiento imprevisto sorprende al Papa en Bolonia.

Chaumont, en vez de seguir las instrucciones que tenía recibidas de apoderarse de Julio II, respetó la augusta persona del Jefe de la Iglesia, y retirándose, agitada el alma por el remordimiento de haber desenvainado su espada contra los derechos de la Sede Apostólica, cayó en una extremada languidez que le condujo al sepulcro, no sin implorar ántes el perdon del Sumo Pontífice.

Julio II quejóse con Enrique VIII de Inglaterra del brusco ataque de que acababa de ser objeto de parte de los franceses sin haber mediado la menor provocacion; manifestó que se le tenía cautivo en Bolonia y que se había tratado de reducirle á la condicion de prisionero, «atentado que él se veía en la precision de castigar excomulgando á los generales de su desleal enemigo.»

El manifiesto causó en Francia una impresion vivísima. La reina Ana se afectó profundamente al saber el rompimiento entre el Papa y su esposo, suplicó al rey Luis XII que cesase en unas hostilidades que podrían atraer sobre su reino la maldicion divina (1).

Luis XII, en vez de acceder á las súplicas de su esposa trata de abrir entre él y la Santa Sede un abismo y se propone constituir en cómplices suyos á los altos dignatarios de la Iglesia de Francia.

Luis convoca á los prelados de su reino para que se reúnan en Tours, donde se propone consultarles acerca la conducta que debe seguir respecto al Sumo Pontífice.

Ya algunos cardenales, entre los que se distinguían Carvajal, Guillermo Brissonet, Francisco de Borgia, Renaud de Brie y Federico de San-Severino, venían censurando la conducta política de Julio II, manifestando su oposicion en términos no siempre comedidos. Luis, pues, contaba con un partido en el seno de la Iglesia.

Hiciéronse en Tours graves acusaciones contra el espíritu belicoso del Papa que *había arrojado al Tíber las llaves de San Pedro para no empuñar sino la espada de San Pablo*, conforme á la frase que iba de boca en boca. Declaróse que el Papa no tenía el derecho de hacer la guerra á los príncipes extranjeros; que éstos, para rechazar una agresion injusta, podian invadir momentáneamente las posesiones territoriales de la Iglesia y rehusar la obediencia al Papa enemigo, tratándose de la defensa de los derechos temporales; que en lo concerniente á los asuntos eclesiásticos se obligara á Julio II á congregarse un Concilio general, conforme había prometido, donde se resolvería lo conveniente; y que lo que cumplía hacer de momento era ofrecer al Papa la paz, y si la rechazaba, el Rey estaba en su derecho atacándole en sus propios Estados.

Léjos de venirse á un acuerdo, la situacion iba adquiriendo cada día mayor tirantez.

Luis XII convoca un Concilio en Pisa como un reto que echa á Julio II, Concilio que había de reunirse el 5 de noviembre de 1511.

Maximiliano de Alemania recibe con el mayor júbilo este arrebató de temeridad de parte del rey de Francia, quien anuncia en su convocatoria nada ménos que el propósito de reformar á la Iglesia en su Jefe y en sus miembros.

«Maximiliano, dice Ancillon, amigo de todos los proyectos extraordinarios y atrevidos, acoge la idea con entusiasmo; su imaginacion le presenta vacante el trono de Roma, colócase mentalmente en él, reúne la calidad de jefe de la Iglesia á la de jefe del imperio, y realizando la idea favorita que desde mucho tiempo viene acariciando, se propone introducir en la Iglesia inesperadas reformas (2).»

Al propio tiempo Luis XII prohibía toda relacion del clero frances con la curia romana.

Se tiene la osadía de citar al Papa para que se constituya en Pisa á rendir cuenta de sus actos y restablecer, dicen, el orden y la disciplina eclesiástica.

Los prelados franceses hubieron de persuadirse muy pronto de que se les constituía en instrumentos de la ambicion del Rey y de su animosidad contra la persona de Julio II, y que su adhesion ciega á los propósitos de Luis XII constituía un servilismo que se oponía á su conciencia y á su dignidad de obispos de la Iglesia católica.

Al abrirse el sínodo se encontraron casi solos. Proclamóse que la asamblea no se disolvería interin no se realizase la reforma en toda su extension, desde el Jefe de la Iglesia hasta el último de los miembros de la corte romana; que continuarían reunidos hasta dejar restablecida la paz en Europa. Entre otro de los acuerdos figuraba el de que el Concilio era superior al Papa. Formuláronse contra Julio II las más incalificables acusaciones, entre otras la de haber subido á la cátedra pontificia por vías poco convenientes, la de fomentar discordias entre los príncipes cristianos, en una palabra, se acudió á toda clase de pretextos para hacer que desmereciera en el concepto público un Pontífice en quien todo hombre de criterio imparcial

(1) Bembo, *Hist. Ven.* l. IX.

(2) Ancillon, *Cuadro de las rev. del sist. pol. de Europa*, t. I.

había de reconocer una liberalidad extraordinaria y un defensor celosísimo de los derechos de la Iglesia y del pontificado y cuya elección era reconocida por todos los cardenales como perfectamente legal.

En Pisa llegó la obcecación hasta el extremo de declarar suspenso al papa Julio II, á quien se cometió la insolencia de calificar de nuevo Goliat. El sínodo de Pisa no fué más que una parodia del conciliábulo de Basilea.

Julio II pronunció entredicho formal contra la ciudad que cobijaba á aquellos perturbadores de la Iglesia.

La censura del Papa no dejó de producir un efecto sensible. El pueblo pisano se amotinó contra los miembros del conciliábulo; numerosos grupos reunidos en torno del lugar de la asamblea prorumpían en gritos amenazadores, al pasar un miembro de aquella reunión era saludado con una silba general, viéndose la asamblea en la precisión de tener que trasladarse á Milan. No fueron allí mejor recibidos; el pueblo en masa manifestó la repugnancia que le inspiraba aquel acto de rebelión contra la Sede Apostólica, aquel conato de cisma, de suerte que al acercarse un miembro del conciliábulo á alguna iglesia suspendíanse inmediatamente las ceremonias del culto.

En Francia mismo el sínodo fué objeto de la reprobación general.

De Milan el conciliábulo tuvo que pasar á Asti, y más tarde refugiarse en Lyon, donde expiró con la reprobación unánime de todas las personas de sano criterio.

II.

El Concilio quinto de Letran.

Luis XII, al querer resolver en un Concilio convocado por él las cuestiones pendientes, se colocaba en situación muy desfavorable.

En el terreno religioso, tras de sí Luis XII no tenía sino la ambición de Carvajal y las pretensiones de unos cuantos espíritus revoltosos; en cambio, Julio II, tras de sí tenía á toda la Iglesia, pues aún Roma era el centro del Catolicismo y el Papa su cabeza visible.

Todo cuanto hiciese Luis XII y los suyos en este terreno no pasaría de ser el conato de un cisma; en cambio, las resoluciones que tomara Julio II con la casi totalidad de los cardenales, de los obispos, de los abades, de las órdenes religiosas, tendría en su favor el sello de la catolicidad.

Al conciliábulo de Pisa, Julio II responde convocando un Concilio general en Letran. En presencia de éste, el de Pisa no representaría más que lo que representa una facción ante un ejército. Con la sola convocatoria, en el orden religioso, el Rey quedaba vencido por el Pontífice.

Pero si los conflictos suscitados en el terreno religioso Julio II trata de resolverlos en el Concilio de Letran, hay en el terreno político otros problemas que el Papa, como soberano temporal, tiene que resolver de otra manera. Julio II está dispuesto á cumplir todo su deber; acepta la lucha en el campo en que ésta se le ofrece.

La serie de ataques que se le dirigen en el Concilio de Pisa le sorprenden en el lecho debilitado por larga y penosa dolencia.

En estas crisis supremas Julio II sentía reaparecer sus gastadas fuerzas; la fiebre misma le comunicaba una actividad asombrosa, por mucho que supiese que con estos esfuerzos titánicos de su apasionada naturaleza no hiciese más que precipitar el reloj de su existencia, pues en tal estado su vida material el curso de años lo recorría en pocas horas.

Levántase de la cama enfermo, sostenido sólo por la calentura, se dirige á orar en el altar

de los santos Apóstoles para que Dios le dé unas fuerzas físicas que correspondan al vigor de su espíritu y á los arranques de su corazón; cumpliendo con sus deberes de soberano temporal, pone orden á su ejército, y á pesar de sus dolencias y de sus setenta años, seguido de su cortejo, que lo forman tres cardenales, se encamina hacia Mirándola, sitiada por las tropas pontificias.

Era el mes de diciembre de 1511; el humo de las bocas de fuego se oculta tras los copos de nieve que cae en abundancia. No obstante, á Julio II se le ve en todas partes. El rey de Roma se guarece en la pobre cabaña de un aldeano, batida constantemente por la artillería de los sitiados. La presencia de Julio II, que atiende á todo, siempre incansable, que deja de dormir cuando su ejército está en vela, que comparte las penalidades y los peligros de sus súbditos, no puede ménos de alentar á los soldados. Multitud de sus familiares han caído á su lado muertos por el hierro enemigo. Julio II permanece allí tranquilo, imperturbable como en su palacio.

La ciudad se rinde.

Julio II se apresura á entrar en la poblacion, impaciente por conceder á todos sus enemigos un perdon generoso.

En Bolonia, el populacho, al amparo de las armas francesas, se apodera de la estatua de bronce del Papa, la arrastra por el lodo, la hace pedazos, que envía al duque de Ferrara, uno de los más acérrimos enemigos del Sumo Pontífice, el cual manda construir con aquellos fragmentos un cañon, al que da el nombre de Julio II. De aquella prodigiosa escultura en que quedaba marcado el genio del primer artista de su época, no quedó intacta más que la cabeza. Diríase que la plebe, al contemplar aquella mirada tan imponente, experimentó un miedo misterioso que le impidió consumir su obra de destruccion.

Julio II en un manifiesto denuncia á todas las córtes europeas el proceder del monarca frances, el cual, «no contento con su hermoso reino de Francia, se ha apoderado del Milanesado, trata de invadir los Estados de la Iglesia, y anuncia, por medio de medallas impías, su intencion de hacer perder hasta el nombre de Roma, á la que califica de Babilonia.»

En efecto; Luis XII había hecho acuñar unas monedas en que consta su odio contra la ciudad eterna y los propósitos de destruccion que contra ella venía abrigando. En una cara se veía la cabeza del Rey rodeada de flores de lis con la inscripcion:

Luis, rey del reino de Francia y de Nápoles (1).

En el reverso se leía entre una corona formada por tres flores de lis:

Haré perder el nombre de Babilonia (2).

Propónese, pues, la *Santa Liga* para poner coto á la desatentada ambicion de Luis XII.

Ya no era sólo el interes religioso lo que debía unir á los príncipes europeos contra Luis XII; era ademas el interes político.

Posesionada la Francia de Roma, desaparecería toda la Italia, la que no sería más que una provincia francesa, quedando roto de esta suerte el equilibrio europeo.

Adhiriéronse con ardor á la Liga los venecianos, que estaban en actitud de comprender que la causa de Julio II era la causa de toda la Italia.

Julio II manifiesta solemnemente que, luégo de obtenida la libertad de la Italia, él invitará á las naciones que entren en la Liga á aunarse contra los infieles que, salidos de Constantinopla, avanzan por territorio aleman, á fin de humillar por do quiera que pasan la cruz del Redentor, sublime enseña de la civilizacion de Europa.

(1) *Ludo, Franc. regnique Neapol R.*

(2) *Nomen perdam Babylonis.*

No hay que decir que Fernando el Católico había de entrar en esta alianza.

Tampoco fué difícil lograr que formase parte de la *Santa Liga* Enrique VIII de Inglaterra.

En su infancia Enrique VIII aprendió á amar el Catolicismo á los arrullos de piadísima madre, los principios católicos constituyeron la base de su educación. Enrique VIII de Inglaterra veía en Julio II la cabeza de su Iglesia, el jefe de su religión; Enrique VIII sintió hondamente herida su susceptibilidad de cristiano al saber que Luis XII, el hijo primogénito de la Iglesia, había mandado fijar en las pilastras de todas las basílicas de Francia unos carteles en que se declaraba depuesto al Sumo Pontífice. Julio II era para él un venerable anciano á quien el celo por los derechos y los intereses de la Santa Sede producía una fiebre que había de conducirle muy pronto al sepulcro. En aquella primera época de su reinado en que el joven Monarca no se dejaba guiar sino por su corazón, deseoso de conquistarse un renombre, amante de gloria, está dispuesto á poner su espada de rey católico á los pies de Julio II.

El 4 de febrero de 1512 el parlamento inglés se reúne para enterarse de un mensaje regio. Enrique expone su proyecto de hacer la guerra á la Francia con el sólo fin de obtener la libertad del Sumo Pontífice y la disolución del conciliábulo de Pisa. El parlamento aprueba el propósito del Rey y vota recursos para realizarlo.

Faltaba el concurso de Maximiliano.

Éste se resiste á romper con Luis XII. Cuando se le pide su cooperación, trata de esu-sarsarse lanzando contra Julio II una acusación que nada puede justificar.

—«Para combatir á los infieles, dice, el Emperador y el rey de Francia han concedido generosamente subsidios á la Santa Sede; en lugar de servirse de ellos para el triunfo del Evangelio, el Papa los emplea para arruinar á la Italia. Como rey que soy de romanos, añade, tengo el derecho de velar por la Iglesia de CRISTO: he resuelto convocar un Concilio en que toda la cristiandad esté representada (1).»

El mismo Maximiliano se encargó de probar cuán faltados de razón estaban sus pretextos, adhiriéndose después á la *Santa Liga*.

Las tropas pontificias ponen cerco á Bolonia, plaza fuerte considerada como la clave de toda la Romanía.

Bolonia, guarecida tras espesas murallas y defendida por hombres como Lautrech, Ivo de Allegre, Spinaccio y Visconti, conocido con el apodo del *Gran Diablo*, iba á caer, cuando entre torbellinos de nube se descubre, galopando en un caballo blanco, agitándose en todas direcciones el rojo penacho de su capacete, á Gaston de Foix, quien á los veinticuatro años era ya el mejor general de su tiempo, el cual se encamina á auxiliar la ciudad con un ejército de franceses.

Las tropas adictas á Felipe II se ven en la precisión de levantar el sitio.

Fuó el último revés que experimenta el Papa en sus planes políticos; desde aquella hora todo le sale á pedir de boca.

Gaston muere á manos de un soldado español; su sucesor, La Palisse, se halla obligado á abandonar la Romanía, batido por el español Raimundo II de Cardona, otro de los jefes de la *Liga*; Alfonso de Este ve invadidos los Estados de Módena, Reggio y Ferrara; su hermano Hipólito se ve en la precisión de pedir gracia al Papa, quien le otorga un salvo-conducto. Giano Gregosso penetra en el puerto de Génova, arrojando de allí á los franceses; Proto es tomado por asalto por los españoles, y Maximiliano Sforza se apodera de Milan, mientras que el populacho se arroja sobre los negociantes franceses, saquea sus cajas y sus depósitos, y ebrio de vino y de sangre, anda gritando: ¡Mueran los franceses!

Tal fué el resultado de las aventuras de Luis XII.

Poco tiempo ántes el monarca francés se creía en aptitud de disponer, no sólo de sus Estados, sino de la Italia entera, no ocultando sus aspiraciones á un dominio universal, tratando

(1) Lunig, citado por Schmidt, t. V, p. 436.

de imponerse á la Iglesia misma; poco tiempo ántes, un pregonero suyo, en las puertas de la catedral de Milan, citaba al Papa á que compareciese en persona para defender su conducta ante el conciliábulo, y su protegido Carvajal se creía tener ya en sus manos las llaves de San Pedro, mientras que Julio II era el blanco del desprecio y de la calumnia. Y no obstante, el altanero Monarca que vuelve sus armas contra el Sumo Pontífice, tiene que sufrir una espantosa derrota; en aquel mismo Milan que trataba de constituir en pedestal de su imaginada grandeza ha perdido todo su ejército, del que no quedan más que unos cuantos soldados mutilados, que, despues de sacar montones de oro de los pueblos por donde pasaban, no guardan sino dos ó tres florines que aún los paisanos se los arrebatan por el camino; los cañones franceses, no pudiendo salvarlos en la huida, los clavan ó los arrojan al río; sus jefes han muerto casi en su totalidad, los pocos que quedan están inutilizados por las heridas.

Tales victorias no deben atribuirse únicamente á la bizarría, á la táctica ó á la superioridad numérica de los ejércitos aliados; tambien contribuyó á aquel resultado en varias ocasiones el sentimiento dominante de la época, que era la fe cristiana; y los franceses mismos más de una vez, al tener que batirse contra una causa personificada en el Jefe de su religion, en Julio II, sintieron que las armas se les caían de las manos.

El mismo Gaston de Fox, á pesar de su bizarría y de su fiebre por batirse, cuando iba á atacar á los españoles cerca de Brescia, se conmueve al ver que aquella masa de hombres que forman como una muralla impenetrable, al apercibirse de los estandartes enemigos, rompen sus apretadas filas, y ántes de prevenirse para el ataque, corren á la tienda del cardenal legado, se arrodillan á sus piés, inclinan la frente é imploran la bendicion que el Cardenal les da en la cruz de plata que el Papa había bendecido. Gaston, al contemplar de rodillas aquel ejército de españoles con sus barbas emblanquecidas en el campo de batalla, no puede resistir el efecto que le produce semejante escena, cree que á unos soldados de tanta fe no es posible batirlos con su artillería, y levanta el campo.

Más tarde, el legado, que era el cardenal de Médicis, fué á parar á disposicion de los franceses, pero nunca prisionero alguno ha sido objeto de tantas atenciones; los pueblos, los soldados mismos de Luis XII se inclinaban ante el Cardenal para implorar su bendicion; más que cautiverio, parecía aquello un triunfo. La ilustre familia de los Bentivogli le hospedó como á un monarca, y la noble dama Blanca Rangona vendió sus joyas para entregar al Cardenal todo su producto. Los mismos encargados de custodiarle le ponen en libertad, y entónces su vuelta á Roma es una ovacion continuada.

En el día prefijado, 3 de mayo de 1512, el gran Julio II, el valeroso Pontífice cuya majestuosa cabeza había encanecido en lu ruda lucha que tuvo que sostener contra los enemigos del pontificado, desciende con paso grave del Vaticano y se dirige á la basilica de Letran para inaugurar el Concilio. Constituyen su cortejo los cardenales, ochenta y tres obispos, multitud de prelados y abades de diferentes órdenes religiosas, los principales personajes de la cristiandad, teniendo allí su representacion el rey Fernando el Católico de España, Enrique VIII de Inglaterra, el emperador Maximiliano y la república de Venecia.

Al propio tiempo tenia lugar otra ceremonia que revestía tambien un carácter imponente. El cardenal legado veía arrodillarse á sus piés en Milan á multitud de soldados franceses, albaneses, alemanes y suizos, que, habiendo tomado parte en la guerra contra la *Santa Liga*, recibían del Cardenal la absolucion de las censuras en que habian incurrido.

Al abrirse el Concilio, inauguráronse los trabajos con un discurso del general de los Agustinos, Gil de Viterbo, que produjo una impresion profundísima. Levantándose en medio de la espectacion general, el piadoso Gil exclamó:

«Julio es sin disputa el primer pontífice que haya empleado con buen éxito las armas temporales para sostener la Iglesia. Con todo, estas armas no son las de la Iglesia; la Iglesia tan sólo será victoriosa cuando empleará en el Concilio las de que habla el Apóstol para obtemperar á los votos de toda la cristiandad. La Iglesia no ha llegado á ser poderosa sino por las

armas espirituales; le importa poco la extension de sus dominios; sus riquezas están todas en las cosas divinas (1).»

El celoso Agustino describe los males que aquejan á la cristiandad á consecuencia de las circunstancias de los tiempos, y pondera la importancia de un Concilio que tiene que cicatrizar tantas llagas.

«¿Pueden verse sin espanto, sin derramar torrentes de lágrimas, añade, los continuos desórdenes, la corrupcion de este siglo pervertido, el monstruoso desenfreno de costumbres, la ignorancia, ambicion, libertinaje, impiedad, haciendo sus estragos en el santuario mismo?... Toda la república cristiana acude á vosotros á implorar vuestra proteccion. Sólo un Concilio puede remediar el cúmulo de males que la inunda y la ahoga.»

Julio II se sentía más en su centro presidiendo la gran asamblea que en medio de las luchas armadas donde tenía que sostener la causa del pontificado. La culpa no fué suya si para sus prerogativas tuvo que apelar al terreno de la fuerza. Se le acusaba de dejarse conducir por su temperamento asaz apasionado. No tenemos interes en negar que Julio, como hombre, tuviera los defectos inherentes á la flaqueza humana. Pero convéngase en que en tan suprema crisis se necesitaba al frente del pontificado un personaje de gran teson; una naturaleza fría no hubiera sido á propósito para salvar en aquella lucha los sagrados intereses de la sociedad cristiana.

Animados del mejor celo los Padres del Concilio emprenden sus tareas.

La asamblea anuló solemnemente todas las resoluciones del conciliábulo de Pisa.

Á pesar de sus triunfos, el Papa no oculta los temores que el porvenir le inspira; con su espíritu eminentemente previsor, percibe en el seno mismo de la Iglesia algo parecido á ese sordo ruido que precede á la explosion del volcan, vislumbra la tempestad del protestantismo que va á caer sobre los pueblos cristianos.

Aunque veía rodeada su sien con la auréola de tantas victorias, aunque sus planes eran coronados con el mejor éxito, Julio II, á pesar de tener á sus piés al cardenal de Luxemburgo pidiéndole la paz en nombre de Luis XII, miéntras recibía del duque de Valois cartas escritas en un lenguaje en que resaltaba la más piadosa sumision, está intranquilo.

—¡Ojalá no hubiese sido papa nunca, exclamaba, ya que no he podido con las armas de la Religion convertir á los enemigos de la Santa Sede!

En esta palabra de pesar resalta, como en todas las suyas, el ardor de su celo.

Julio II siente que su muerte se acerca.

El 17 de agosto el Papa cae enfermo de gravedad. Hasta llega á correr el rumor de su muerte, á cuya noticia algunos de los rebeldes del conciliábulo de Pisa penetran en Roma y tratan de trabajar en la eleccion de nuevo pontífice.

Por fortuna Julio vive todavía.

Llega á su conocimiento la agitacion que promueven sus adversarios para darle sucesor. El Papa, incorporándose en su lecho, exclama:

—Como Julio de Rovere, yo les perdono con toda la sinceridad de mi corazon; mas como Julio, jefe de la Iglesia, *Nós* debemos sustentar sus derechos, y *Nós* les excluimos de la eleccion.

Julio II, despues de recibir los Sacramentos, dando muestra de ejemplarísima piedad, despues de dejar arreglados los más pequeños detalles de su funeral, como hombre que contempla á la muerte con mirada tranquila, expira el 21 de febrero de 1513.

La muerte de Julio II fué un acontecimiento. Francisco I, dirigiéndose más tarde á Leon X, decía:

—No hemos conocido guerrero más temible en el campo de batalla ni capitán más prudente. Á decir verdad, su puesto estaba más al frente de su ejército que á la cabeza de la Iglesia.

(1) Alzog., *Hist. gen. de la Iglesia*, t. III, p. 238.

Era un juicio en que entraba por mucho la prevencion contra un pontífice que había humillado la corona de Francisco I.

Julio II, si fué grande como rey, no lo fué ménos como pontífice; pues la historia imparcial no puede disputar esta grandeza al ilustre Papa que supo amparar la autoridad pontificia amenazada por una multitud de cardenales cismáticos, que defendió con teson todas las reformas útiles á la Iglesia, que fué inflexible contra las pretensiones del nepotismo, que se rodeó, no de una corte de aduladores, sino de un consejo de sabios y de santos, que dió ante una época asaz corrompida el ejemplo de una castidad la más escrupulosa, que corrigió con mano fuerte todos los abusos introducidos en la administracion de justicia, y que supo perdonar generosamente á sus más encarnizados enemigos.

Julio II era hombre que se levantaba constantemente á las cuatro de la madrugada, que no dormía más allá de dos horas, y cuya comida se limitaba frecuentemente á un huevo y un poco de pan.

Amó su país con ardor, hasta con apasionamiento. Poco ántes de su muerte escribía á un hermano suyo, el cardenal Sixto Gaza de la Rovere:

—«Tú no comprendes sin duda por qué me fatigo tanto en el declive de mi existencia. Para la Italia, nuestra madre comun, yo no quisiera más que un sólo señor, este señor habría de ser el Papa. Pero me afano inútilmente; un presentimiento interior me dice que la edad me impedirá realizar mi proyecto. ¡No! No me será dado ejecutar para gloria de Italia todo lo que mi corazon me inspira. ¡Oh! ¡Si yo tuviera veinte años ménos! ¡Si yo pudiera traspasar el límite ordinario de la existencia tan sólo el tiempo indispensable para realizar mis designios!»

Era el ideal de toda su vida.

Pero no fueron sólo estos los planes que ocuparon su mente.

La capital de los Estados Pontificios debe á Julio II excelentes mejoras que recuerdan que en la mente de aquel gran Papa no podían caber sino ideas grandiosas.

San Pedro de Roma es de un modo especial la obra de Julio II. La idea la concibió él, el fué quien señaló al templo sus gigantescas proporciones, á él corresponde la mayor parte de gloria en la edificacion de la suntuosa y magnífica basilica.

Tuvo que vencer fuertes resistencias. La antigua basilica, la obra de Constantino venía á ser como un gran relicario en que se conservaban para la cristiandad los recuerdos más gloriosos. Los cardenales se oponen á su derribo. Julio II no era hombre que retrocediera al salirle al paso una dificultad. Muy al contrario, parece que andaba en pos de los obstáculos para tener el gusto de sobreponerse á ellos.

Julio II, con su prodigiosa actividad, invita á los arquitectos más famosos, él mismo indica planes colosales, discute con los primeros artistas sobre los diseños que se le presentan, revelando en esto como en tantas otras cosas su excelente criterio.

Quien interpreta mejor el pensamiento de Julio II en toda su grandiosidad es Bramante Lazzari, pintor y arquitecto á la vez, que había dejado escrita la superioridad de su genio en obras de tanto mérito como el bellissimo templete de San Pietro *in Montorio*.

Era un pensamiento atrevido colocar el panteon de Agrippa sobre los grandes arcos del llamado templo de la Paz, hacer de lo más bello del arte antiguo la corona del arte moderno, elevando la Rotonda á más de ciento sesenta piés de altura: una concepcion de tal naturaleza no podía idearla nadie más que Bramante, ni aceptarla nadie más que Julio II, ya que en todas sus empresas lo grandioso parece rayar en lo temerario.

La primera piedra del templo no se colocó sino despues de tres años de trabajos preparatorios.

Hízose la ceremonia con la mayor esplendidez. Asistían á ella treinta cardenales, presididos por Julio II con hábitos pontificios.

Julio II y Bramante murieron sin ver apénas principiada su obra.

Aquel Papa concibió además otro proyectó que lleva también el sello de la grandeza de que reviste todos sus ideales.

Apénas asciende al trono pontificio, Julio II deja de contemplar la rica tiara que se coloca en su cabeza, para no pensar sino en el polvo á que se verá un día reducido, y cuando todos entonan á su alrededor himnos de júbilo, él se entretiene en pensar en su sepultura.

Muy jóven todavía conoció á un artista pobre, desdeñado hasta por su propia familia, á quien fué á animar más de una vez para que el abandono no le condujera á un desaliento que matara en él toda inspiracion: se llamaba Miguel Angel.

Ignoraba Miguel Angel que el jóven que le visitó en su taller fuese el famoso Papa que era la admiracion de la Europa.

Julio II manda llamar á Miguel Angel. Éste, sin dejar su modesto traje, con sus maneras humildes se presenta en el palacio pontificio.

Julio II era hombre que expresaba su voluntad de una manera tan enérgica como concisa.

Al ver á Miguel Angel que se arrodilla á sus piés, le levanta y le dice:

—Yo te conozco, y por esto te he llamado. Quiero que hagas mi tumba.

Miguel Angel responde con la misma concision:

—La haré.

—Quiero una tumba grandiosa, añade Julio.

—Costará cara, contesta Miguel Angel.

—¿Cuánto?

—Cien mil escudos.

—Te daré doscientos mil.

Sin decir más, el artista se arrodilla, inclina la cabeza, recibe la bendicion y se retira.

La obra había de ser un modelo de arte y de grandiosidad. Figuraban en el plan nada ménos que cuarenta estatuas, entre éstas una representando la vida activa, otra la vida contemplativa, sin faltar allí las dos grandes figuras bíblicas que Julio II se había propuesto por modelo; Moises y san Pablo.

De estas cuarenta estatuas Miguel Angel no pudo terminar sino tres: entre éstas el inimitable Moises, brillante creacion del genio artístico de aquella época.

«En efecto; aquella estatua es Moises, dice Zappi, cuando desciende de la montaña resplandeciente su rostro con una luz celestial, cuando contiene á las amenazadoras olas, cuando la mar, obedeciendo á su mandato, abre sus abismos y se traga á los enemigos del Dios de Israel.»

Se ve que Miguel Angel, al querer caracterizar al gran legislador de los hebreos, no encontró mejor modelo que el ilustre Papa que le confió la obra. Aquel Moises es el mismo Julio II, la misma mirada expresando á la vez el genio y la superioridad, la misma barba apoyándose imponente sobre su pecho; la misma frente tan majestuosa y tan meditabunda á la vez que bastaba por sí sola para revelar la grandiosidad de los pensamientos y de las concepciones que anidaban en aquella cabeza.

III.

La lucha de Francia contra Julio II se renueva en tiempo de Leon X.

A la muerte de Julio II revelóse una ambicion bien ridícula: el emperador Maximiliano, viudo á la sazón, aspiró á la sede de San Pedro (1). Era una pretension demasiado extravagante para que no se perdiese en el desden más completo.

El 4 de marzo reunióse el cónclave para dar un sucesor á Julio II. El encargado de recoger los votos, como primer cardenal diácono, era Juan de Médicis. Al verificarse el escrutinio

(1) Así se desprende de una carta escrita por el Emperador á la archiduquesa Margarita su hija.

Juan de Médicis vió que la eleccion recaía en él. No manifestó la menor emocion: afectuoso como era, se limitó á abrazar á sus compañeros.

La eleccion de Juan de Médicis significaba el triunfo del elemento joven.

Cuentan que al saberse el resultado el cardenal Alfonso Petrucci; exclamó:

—Es hora de que á los jóvenes les toque su turno (1).

Le preguntaron que nombre llevaría como papa; Juan de Médicis contestó con su proverbial afabilidad.

—El que más os guste á vosotros.

Se insistió interrogándole acerca el particular, y entónces el joven cardenal dijo que alguna vez le había ocurrido que si llegaba á ser Papa, tomaria el nombre de Leon.

El cónclave inclinó la cabeza, y el cardenal Alejandro Farnesio, dirigiéndose á una de las ventanas que daban á la plaza pública, precedido del maestro de ceremonias, dijo al pueblo:

—Os doy una fausta noticia: tenemos por papa al reverendísimo Juan de Médicis, cardenal diácono de Santa Maria *in Domenica*, quien ha tomado el nombre de Leon X.

El pueblo respondió:

—¡Viva el Padre Santo! ¡Palle! ¡Palle!

Al dirigirse á San Pedro para tomar posesion del trono, quiso ir á pié.

El 17 de marzo por la mañana veíase levantado en la iglesia de San Pedro un magnífico catafalco, en que se veía esta inscripcion en grandes caracteres de oro:

A Leon X, pontífice máximo, protector de las letras y amparo de los buenos.

El día de su elevacion el Papa repartió á los pobres cien mil escudos.

Su antiguo profesor, el monje Delfini, le escribía:

«Aunque muchos de vuestros antepasados han sido verdaderos leones en saber y en doctrina, no se qué presagio me anuncia que este nombre de *Leon* os viene directamente del cielo... Bendito seáis, porque os habéis mostrado fiel á las tradiciones de la antigua raza de los Médicis: vuestros oídos se han abierto á los clamores de la indigencia. Vos recordáis sin duda las palabras del Apóstol: Sed hospitalario; por la hospitalidad concedida á los ángeles muchos encontrarán gracia delante del Señor.»

Erasmus escribía á su vez al Pontífice:

«Leon X, vos nos recordaréis el dichoso gobierno de Leon I, la erudita piedad y el gusto musical de Leon II, el vigor, la elocuencia fecunda de Leon III, que no se doblegó jamas ni á la próspera ni á la adversa fortuna; la sencillez y la prudencia, recomendada por el mismo JESUCRISTO, de Leon IV; la santa tolerancia de Leon V, el amor y la paz de Leon VI, la conducta toda celestial de Leon VII, la integridad de Leon VIII, la bondad de Leon IX. Todo esto nos lo daréis vos: garantizan nuestras esperanzas estos sagrados nombres; y ademas vuestro pasado nos responde de vuestro porvenir.»

El juicio de Delfini era el de los hombres maduros, el de Erasmo era el de los hombres de mundo y de letras; el juicio popular se expresó en esta frase:

—«El *Leon*, fué Julio II, este será el cordero.» Tal juicio encerraba una apreciacion bastante exacta.

Leon X, era tan celoso de los derechos del pontificado como Julio II, tan entusiasta por su patria como él; estaba prendado como él de la idea de la unidad de Italia; pero eran temperamentos distintos. Leon X aceptaba la lucha sólo por deber; amaba la paz por carácter; dispuesto á sostener los derechos de su posicion, no quería la guerra sino cuando veía cerradas todas las puertas para llegar á la paz, cuando había tanteado todos los acomodamientos compatibles con su dignidad y con las obligaciones de su alto puesto.

(1) *Vigant valeantque juniores.*

Leon X pertenecía á una familia de mercaderes muy rica, habituada á grandes liberalidades, á presentarse con esplendidez, y á amparar las ciencias y las letras.

Fué discípulo de las eminencias científicas y literarias de su tiempo. Desde jóven reveló excelente criterio, vasta erudicion, apasionándose en favor de los puros placeres del espíritu.

De maneras finas, de carácter amable, gustábale sembrar beneficios en torno suyo, recogiendo así gratitud y cariño.

Al subir al trono pontificio Leon X, Nicolas Maquiavelo, que pasaba por demócrata, que odiaba á muerte á aquellos mercaderes de lana llamados los Médicis, que se habían hecho reyes de Florencia, y estaba dispuesto á emplear contra los representantes del poder público, no sólo la pluma, sino hasta el puñal, hallábase metido en lo profundo de un calabozo, aguardando la hora de la sentencia.

Maquiavelo, además de ser revoltoso, era un utopista que proclamó teorías las más funestas. Según él la naturaleza crea al hombre con la facultad de desearlo todo, pero impotente para obtener cosa alguna, y como los deseos de los hombres versan sobre unos mismos objetos, de aquí el que se odien los unos á los otros obedeciendo á una ley fatal. Para vencer en esta guerra de todos contra todos, el hombre puede abdicar todos los derechos y faltar á todos los deberes. Nada hay superior á los sentidos: la idea de la justicia es engendrada por los hombres del día que se han apercibido de que el bien era útil y el mal nocivo; lo que les induce á hacer el bien sólo por necesidad. Dios está siempre del lado de los fuertes: da á aquel que ya tiene; al que no tiene, le quita lo poco que tiene. Es una desgracia que á la religion de los antiguos, llena de altivez, que tenía sus gladiadores, una apoteosis para sus guerreros, un culto para sus héroes, que mezclaba la oracion al ruido de los combates, haya sucedido la religion de la humildad, que desprecia los intereses personales. Si algun bien puede esperarse para la humanidad ha de venir de la revolucion de las esferas que podrá hacer que surja de nuevo algo parecido al culto de los paganos. Él no veía otro medio de restaurar su patria que los extranjeros; veía con placer que los franceses humillasen á los papas, «á fin de que nuestro clero gustase un poco las amarguras de este mundo (1),» de que despertasen de su sueño los antiguos barones para humillar á los pontífices (2). La moral de Maquiavelo es el utilitarismo, y expone las funestas teorías que subvierten todo orden moral, no con la pasion del sectario, sino con una indiferencia que revela cuan gastado había de estar aquel espíritu. Según él, la ciencia debe prescindir de Dios, el orden político está por encima del orden moral, la razon de Estado es superior á la humanidad, por ella se legitima la mentira, el perjurio, la violacion de los tratados; establecida la utilidad como ley suprema, una conspiracion, un asesinato, no es una injusticia, siempre que obtenga su fin, siempre que resulte una ambicion satisfecha. Lo que justifica un hecho no es su justicia, sino su resultado. Para él cuando César Borgia triunfa, por más que sea hundiéndose en los abismos más vergonzosos del crimen, es un modelo de príncipes; cuando César Borgia recibe su correspondiente expiacion, entónces Maquiavelo le califica de «hombre cruel que merece el castigo que el cielo le tenía reservado.» Confunde el alma con el cuerpo, la razon con el cálculo, Dios con la nada. En la organizacion de los pueblos Dios, para Maquiavelo, no debe representar ningun papel; el poder social deriva del hombre y es independiente de Dios, no hay más ley que la voluntad humana, el destino social no es realizar los designios providenciales, sino emancipar á la humanidad, «herejía política, como dice César Cantú, que á la par que *asesinaba* la independencia de la Italia *ahogaba* el derecho y la justicia; y despues de debilitar la potestad espiritual, abría el camino á un despotismo que no se inspira en la bondad del corazon, sino que reprime por la fuerza, puesta directamente en obra, á la masa de esos bípedos esclavos, á quienes su estupidez condena á la obediencia (3).»

(1) Tercera legacion á la corte de Francia, carta IX.

(2) Id., carta XII.

(3) César Cantú, *La Réforme en Italie*, Disc. IX.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 110 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.— LAS MISIONES CATOLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una Vista de Jerusalem, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Seis tomos en 4.º ilustrados con 60 láminas de regalo, á 260 rs. en relieve; ó 110 cuadernos de 56 páginas, á 2 rs. el cuaderno.—Cada tomo comprende dos meses.